

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

Un espacio (2016)

POR INCLUIR EN EBOOK. Relato empezado en el verano del 2015, terminado el 31 de diciembre, y corregido el 1 enero 2016

Lo dijo de ella. “A la Ciudad Encantada se suele ir con alguien pero tú eres capaz de haber ido sola.” Ella no lo recordaba, sólo pasear entre las piedras. Entre piedras sorprendentes porque, estando solas, se ubicaban unas cerca de otras. *Tendiendo a la compañía*, como ella: sociable, y al tiempo, portadora del instinto que conoce el afán del mundo por no dejarla existir, por borrar todo rastro de su paso propio. Así de irracional y violenta era la cultura. Davida, Vida, contra Goliat, ese ser inmenso y desquiciado.

No recordaba si había ido de adolescente con el instituto o años después, como vagabunda o andadora de caminos, porque guardaba algunas distancias con la memoria. Le daba la sensación de que si retenía memoria de las cosas pasadas de su vida no podría pensar el mundo en el presente, tan poderoso y complejo, tan lleno de trampas; no tendría suficiente energía para hacerlo, suficiente capacidad para abrirse paso en él. Pero pudo haber sido que tras apearse de un tren precario, hubiera echado a andar, como hacía a menudo entonces, buscando la soledad para recuperar su fuerza.

En aquel tiempo la Ciudad Encantada no tenía cercos, estaba abierta, y no se te forzaba a ver una catedral en una determinada piedra del campo. Una piedra era sencillamente una piedra y lo que tú vieras en sus formas. Como al mirar las nubes, sólo que más abajo, a ras de suelo. Ella estaría allí entre las piedras silvestres, libres de la función de sostener, de ser usadas; piedras siendo piedras, no cuevas, ni casas, ni altares, ni desafíos.



Le dio curiosidad que él tuviera una idea sobre quién podría haber sido ella en el pasado, en su adolescencia. Esto no era fácil, ya que no encajar en lo que la sociedad esperaba de ti, ese ser Mujer tan como una camisa de fuerza, sumado a que ella no podía renunciar a sí misma, someterse, como un animal furtivo con un agudo sentido de la supervivencia, la había hecho desarrollar algunos modos que no ofrecían información fácil de interpretar. Como que, siendo persona crítica, planteaba las cosas disculpándose, con una risa infantil; como que siempre se



exponía, anunciando al mundo humano que era inofensiva, como si aquello pudiera librarla de la reacción que se desataría al oír su voz, propia.

Quizá fue la dificultad de construcción de su identidad lo que la había llevado a sentir incapacidad de creer que conocía a alguien. Le daba pudor, conocer, una intrusión. De pequeña, había rechazado contemplar los retratos por este motivo, y que la hicieran fotografías. Asumía, por tanto, un hecho natural, inevitable, que no pudiéramos conocernos, y apostaba por la compañía para combatir esa tristeza y por pura alegría de vivir. Pero parecía sola en el mundo, aislada, allí donde todo el mundo parecía insistir todos los días, a cada paso, en que conocía a otras personas. Sospechaba, desde su radical y amada soledad, que lo que otras personas conocían era un papel que había que imponer, y cómo presionar para que se asumiera. Por esta causa, en general, que alguien hablara como si la conociera la empujaba a huidas olímpicas en su resolución.

No sintió ganas de salir corriendo cuando escuchó a su persona amada decir algo sobre cómo podría haber sido ella en la adolescencia. Tenía delante alguien excepcional por su inteligencia pasional y clara, incapaz de hacer daño, capaz de mostrar universos. Estaba a salvo de mezquindades, envidias, manipulaciones y tragedias evitables. Era, sencillamente, una conversación de dos personas que se querían. “Te imagino yendo sola a un sitio al que la gente va de excursión en grupo”. Las cosas significaban lo que se decía. Así de preciosa era su comunicación. Y al tiempo, las palabras abrían espacios de conocimiento metafórico sobre la especie, perdida desde tiempos remotos, en su obcecación por la violencia.

Era cierto. Ella solía ir sola a todos lados, en ocasiones buscando la ausencia de personas, y aunque todos los lugares tendían a estar habitados, cuando viajaba por los caminos todo era temporal, sobre todo las presencias, incluida la tuya propia, siempre en movimiento. Actuaba así porque necesita huir y finalmente comprendió (aunque sólo con el cuerpo inicialmente) que lo que necesitaba era escapar a la presión continuada de la homogeneización, desertar de ese campo de batalla invisible contra cualquier identidad que no se sometiera. No se trataba, por tanto, de que no supiera querer o comprometerse.



Entre las piedras había soñado con su madre. Recibía una carta suya, con su preciosa letra: abierta, equilibrada, libre, bella. Respondía a una carta anterior de ella, donde decía que la quería. Una carta enviada demasiado tarde pero que, al parecer, había llegado a su destino. Soñó que entonces la llamaba por teléfono, podría volver a escuchar su voz, su cuerpo cobraría presencia física y podrían conversar apaciblemente, leves, próximas. El fulgor al final del túnel de una relación perdida para siempre.

La madre, la “mala madre”, siempre objeto de palabras comunes, ignorantes y crueles, defendida por su cachorra con toda la pasión de la infancia, aunque nadie pudiera percibirlo siquiera. La madre asesinada por la mezquindad del mundo, pero nunca aplastada porque una cosa es acabar con la vida de una yegua alada y otra muy distinta poder destruir su belleza.

Y ahí estaba la sensación intensa, inminente, de que acechaba un espacio de magnitud interestelar de dolor en el recuerdo. Soterrado bajo la alegría del

reencuentro onírico, bajo aquella feliz posibilidad, y a pesar de su vida cotidiana propia, lograda contra todo pronóstico y mal augurio con la intervención de la suerte y de la vida en sentido estricto pero también por el latido de ser propiamente, desobediente con gradual consciencia al mandato de violencia de la mayoría para que el mundo humano más brutal se perpetúe; enterrado bajo la atención clara y brillante sobre el objetivo prioritario: luchar por no herir, por reconocer, hallar, desarrollar la humanidad perdida, arrebatada, aniquilada, por no dejarse maltratar ni siquiera por quienes la quisieran mucho y no lo pretendieran, por aprender a vivir como ella imaginaba que se podría vivir, siendo una persona con interés en las cosas importantes y dedicación radical a ellas, ahí estaba, aquel inmenso espacio insondable de dolor en el recuerdo.



Y estaba también el otro espacio, el físico del presente, el campo de batalla con sus claros del bosque para escapar y vivir.

Estaban las piedras desde hace siglos, templándose al sol todas las primaveras, oliendo a campo y libertad, mientras las marcas impuestas se borran o descomponen porque su violencia no puede con la vida.

Y ella vio que los espacios son diferentes y que no encontrar los espacios que existen y se presiona por ocultar, deformar y destruir no era más que una forma cobarde y muerta de mirar.